

Jorge J. Locane

Por una sociología de las ausencias en la literatura mundial

I

La bibliografía comprometida en el debate sobre *literatura mundial* suele identificar, de manera más o menos explícita, la existencia de dos niveles o dinámicas diferenciados: el nacional y el internacional¹. De ahí que algunos investigadores hayan propuesto la necesidad de establecer una suerte de “división del trabajo” (cfr. Moraña 2006), respectivamente, entre especialistas y generalistas (Damrosch 2003; Moretti 2013). Al margen de que las lógicas concretas que dominan las dinámicas intrínsecas de los dos sistemas no han sido precisadas en detalle, creo que los abordajes disponibles, siempre parciales, se fundan por lo general en un idealismo culturalista que reduce el fenómeno al desdoblamiento de valores y referencias culturales involucrados. Dicho en pocas palabras: la *performance* que un texto puede tener en el circuito internacional –argumentan– nunca puede ser evaluada desde el sistema de referencias nacional, o viceversa. Esto es así porque, respectivamente, los textos estarían respondiendo a e interactuando con tramas culturales específicas y en cierto punto incompatibles.

Si bien el planteo en principio me parece adecuado, creo que el sistema nacional y el internacional son *algo más* que configuraciones culturales. Más aún, creo que antes que eso habría que entenderlos como sistemas productivos de valor económico y simbólico. Sistemas que, si atendemos en particular a las periferias, van a contrastar de manera fundamental en las condiciones materiales bajo las cuales funciona la maquinaria de producción y los mecanismos de agregado de valor.

El punto de partida, entonces, sería el siguiente: la *literatura mundial* y las *literaturas locales* –prefiero utilizar este término– constituyen sistemas productivos que responden a demandas y condiciones económicas, y también culturales, diferentes entre sí y, hasta cierto punto, mutuamente excluyentes. La infraestructura y los recursos requeridos y en efecto a disposición en ambos niveles suelen

¹ Mads Rosendahl Thomsen, por ejemplo, se refiere al punto en los siguientes términos: “The importance of formal and thematic properties to international canonization has been underestimated and understudied, especially as national canonization has a different logic and different values than international canonization” (2008: 3).

Jorge J. Locane, Universität zu Köln

ser en muchos sentidos disímiles. A lo que, desde ya, habría que añadir que los perfiles culturales correspondientes a los lectores ideales de cada uno de los dos sistemas difícilmente pueden coincidir. Y si prefiero hablar de *literaturas locales* en lugar de literatura nacional es porque me interesa acentuar que el sistema productivo a escala no-mundial no necesariamente responde a un horizonte de expectativas nacional, sino, en casos, a unos mucho más localizados, lo que implica que las marcas morfológicas de lo plural, en su doble manifestación –literaturaS localeS– no pueden ser elididas.

No ignoro que el ya frondoso debate sobre el tema ha dado lugar a varias definiciones de *literatura mundial*, un espectro que va de enfoques altamente programáticos (Cheah 2016) a los fundados en las efectivas condiciones materiales de producción (Helgesson/Vermeulen 2015; y, especialmente, Brouillette 2015). Extraigo, a conciencia de que podría valerme de otro esquema, el escenario inicial sobre el que me interesa argumentar como resultado de un refinado crítico de algunas fórmulas acuñadas por David Damrosch. Si la *literatura mundial*, en su modelo, aparece definida como “all literary works that circulate beyond their culture of origin, either in translation or in their original language” (Damrosch 2003: 4), un interrogante que se podría abrir a acto seguido sería: ¿pero qué sucede con aquellos textos que, por la razón que fuere, no experimentan tal suerte? ¿Cómo y bajo qué premisas conceptuales considerar, entonces, el fenómeno de lo *no* circulante? En un contexto histórico, el actual, donde las élites culturales han optado por posicionarse contra los atavismos regionalistas² para apuntalar los fundamentos culturales de una emergente comunidad imaginada ahora de alcance mundial, las producciones que permanecen enraizadas en tramas locales no prestigiosas tienden a ser despreciadas como provincianas o excesivamente particularistas: “some literary works, indeed, may be so closely dependent on detailed, culture-specific knowledge that they can only be meaningful to members of the originating culture or to specialists in that culture; these are works that remain within the sphere of a national literature and never achieve an effective life in world literature”, agrega Damrosch en su libro *What is World Literature?* (2003: 158). De modo que las elaboraciones que respondan al horizonte de expectativas de los centros mundiales de producción cultural van a contar con la predisposición de los favores, y el reconocimiento de

² Sobre el punto, Zygmunt Bauman escribe: “Some of us become fully and truly ‘global’; some are fixed in their ‘locality’ – a predicament neither pleasurable nor endurable in the world in which the ‘globals’ set the tone and compose the rules of the life game.

Being local in a globalized world is a sign of social deprivation and degradation. The discomforts of localized existence are compounded by the fact that with public spaces removed beyond the reaches of localized life, localities are losing their meaning-generating and meaning-negotiating capacity and are increasingly dependent on sense-giving and interpreting actions which they do not control” (1998: 2-3).

la acogida y puesta en circulación internacional. Mientras que las producciones por alguna razón resistentes a la asimilación por parte de los mercados material y simbólico mundiales van, así, a resultar invisibilizadas como fuentes contenedoras de alguna verdad –ya sea estética, política o cultural– validable a nivel mundial.

II

Me voy a permitir ser algo simplista y esquemático. La *literatura mundial*, la que se produce hoy según la premisa “literatura que circula más allá de su marco nacional de gestación”, es, fundamentalmente, un producto de la industria cultural transnacional, es decir que en gran medida depende de la infraestructura y de la voluntad de los conglomerados polirrubros –valga el grupo Bertelsmann como exponente ejemplar– para un funcionamiento efectivo. Estos grupos, que –como es sabido– son contados, disponen de una amplia ventaja en lo que respecta al control de los canales, los recursos humanos y los recursos económicos necesarios que sostienen la circulación a escala mundial –y con ello, habría que agregar, la codificación ideológico-cultural exigida a los productos–. La Feria del Libro de Frankfurt es hoy en día, sin duda, *el foro*, emblemático por excelencia, donde se pactan los tráficos del futuro inmediato y sus condiciones. Algunas vertientes teóricas –Gisèle Sapiro, ante todo– han querido conceptualizar la lógica hegemónica en este dominio en base al arsenal teórico de la sociología de la literatura de raigambre bourdieuana. Me gustaría acotar, no obstante, que este sistema productivo es tan dependiente de recursos económicos –los necesarios para la adquisición de derechos, para el pago de traducciones y para la cobertura publicitaria, entre otros– que no veo que deje mayor margen para la siempre discutida “autonomía relativa” de la literatura que en su momento supo postular Pierre Bourdieu, valga recordar, inspirado en el campo literario francés decimonónico³.

3 Sin embargo, en su texto “Una revolución conservadora en la edición” de 1999, Bourdieu pareciera sugerir que la tensión entre el polo autónomo y el heterónimo, en la fase de la actual concentración editorial, se habría resuelto definitivamente en favor de la segunda. Al respecto, anota: “Si es verdad que, como lo ha mostrado Jean-Yves Mollier, la edición ha pasado, entre 1880 y 1920, de la pequeña empresa familiar a la gran empresa casi industrial, estos cambios no tendrían la amplitud ni la brutalidad de las conmociones estructurales que han sido suscitadas, desde hace una veintena de años, por la irrupción de una lógica financiera sin concesiones en el mundo relativamente protegido (otros dirán arcaico) de la edición francesa. Desde la OPA de Jimmy Goldsmith, en 1986, en las Presses de la Cité, revendidas algunos meses más tarde como cualquier empresa cotizada en bolsa, los fenómenos de concentración se han sucedido, yendo del rescate puro y simple a la toma de participación del capital –sin hablar de todos los lazos de dependencia asociados a la participación en la fabricación o en la difusión–, con la consecuencia casi siempre, del abandono de una política editorial propiamente literaria en beneficio de una lógica puramente comercial” (1999: 253).

Es cierto que una zona, acaso marginal, de los canales de circulación internacional estaría controlada por organismos culturales o políticos que asumen el costo económico de algunas instancias de la producción, lo que daría lugar a cierta circulación de, por ejemplo, literatura mapuche, yoruba, de mujeres o kurda⁴. En cualquier caso, ante esta evidencia, la lógica heterónoma no se vería afectada, sino, al contrario, constatada como –vamos a decir así– “regla de juego básica” del escenario. Si la lógica economicista posee un carácter ampliamente dominante, por razones que tienen que ver con los costos mínimos necesarios para sostener la producción, lo que estarían haciendo las agencias de financiamiento alternativo es introducir marginalmente criterios de selección no prioritarios.

Pero los costos que agregan valor en la cadena productiva no se reducen a la etapa que podemos llamar de “preproducción”; a esta, le sucede, una etapa de efectiva puesta en circulación y luego una de confirmación. La distribución, la visibilidad en las bocas de ventas, la publicidad, las notas de prensa, las reseñas y los premios son todos mecanismos de agregado de valor involucrados –e insoslayables– en la producción de *literatura mundial*. Todo esto tiene su costo, y los grandes conglomerados son quienes disponen –o al menos concentran– no solo de los medios económicos indispensables sino también, en casos, de la infraestructura subsidiaria: las distribuidoras, las librerías, los periódicos, la radio y la televisión.

Los premios internacionales, y particularmente los comerciales, merecen una mención especial, pues estarían no solo asignando valor en base al principio heterónomo, sino, de acuerdo con los argumentos de James English, a partir de un descentramiento o no correspondencia geopolítica. En sus palabras, “What I wish to emphasize at this stage is that the recent frenzy of prizes and awards has begun to foster not merely a denationalization but a more radical *deteritorialization* of prestige, an uncoupling of cultural prizes, and even of symbolic fields as such, from particular cities, nations, even clearly defined regions” (2005: 282). Esto, dicho en otros términos, significa que los premios internacionales estarían reconociendo o exaltando literaturas supuestamente locales de acuerdo con horizontes de expectativas y de ventas no locales. Las escrituras reconocidas por estos medios no responderían, por lo tanto, a representaciones del mundo locales

⁴ En su artículo “How Do Literary Works Cross Borders (or Not)? A Sociological Approach to World Literature” (2016), Sapiro examina, precisamente, los factores que pueden favorecer u obstaculizar la circulación internacional de literatura. Según sugiere, estos factores son de cuatro tipos: políticos, culturales, económicos y sociales. No obstante, aclara que “Economic considerations are [...] involved in the production and circulation of books and in many cases prevail over other considerations” (87).

y heterogéneas, sino correspondientes a la cultura de recepción, internacional y hegemónica, es decir y finalmente, al paradigma de la democracia liberal occidental. Acá –advirtamos– es donde la *literatura mundial* se manifiesta con mayor contundencia como una selección de las literaturas del mundo a partir de una perspectiva local hegemónica. O, dicho de otro modo, donde la buena conciencia del Norte, la de los centros de producción cultural a nivel mundial, hace valer su poder para seleccionar y jerarquizar las literaturas locales del Sur de acuerdo con su propia agenda de política cultural⁵. La *literatura mundial*, por esto mismo, sería un producto cultural destinado no a poner en cuestión el lugar en el mundo del sujeto lector, sino, al contrario, de constatarlo en la medida que corrobora la representación del mundo que ya posee. Se trata de un tipo de lectura tranquilizadora y confirmativa, puesto que, al mismo tiempo, constata el orden geopolítico y las jerarquías establecidos.

Alguien podría argumentar que frente al poder consagratorio de la industria cultural transnacional habría que considerar la crítica especializada o la investigación académica, la de la comparatística o de los estudios culturales. Es conocido el caso de Ignacio Echevarría y su suerte, al practicar el ejercicio crítico en un sentido estricto. Después de publicar una reseña desaprobatoria del libro *El hijo del acordeonista* (2003), de Bernardo Atxaga, en el suplemento *Babelia* de *El país*, Echevarría fue apartado por la dirección del diario, que responde al grupo Prisa del mismo modo que en ese momento lo hacía la editorial Alfaguara que había publicado el libro de Atxaga⁶. Valga el caso como un claro ejemplo de la derrota del polo autónomo frente a la lógica heterónoma. Y los foros académicos: diría que gran parte de lo que se lee –y se celebra– como *literaturas locales* en realidad es parte del corpus de la *literatura mundial*, quiero decir que, en casos, un texto que es leído como testimonio documental de algún orden cultural específico, en realidad fue seleccionado, de acuerdo con políticas culturales desterritorializadas, y distinguido por la industria editorial transnacional para alentar la buena recepción en los foros académicos del Norte, de tal suerte que estos espacios pasan a desempeñar una función confirmatoria pasiva y de agregado de valor simbólico; de reproducción, finalmente, de la lógica de selección articulada por el mercado. Juan Gabriel Vásquez, valga como ejemplo, recibió el

5 Al respecto, puede consultarse el capítulo “Prizes and the Politics of World Culture” del libro de English (2006), particularmente en lo que refiere al caso de Wole Soyinka.

6 En carta abierta a Lluís Bassets, director adjunto del periódico, Ignacio Echevarría haría explícitas sus “dudas sobre el sentido de tratar de hacer una crítica independiente en un medio que parece privilegiar, con descaro creciente, los intereses de una editorial en particular y, más en general, de las empresas asociadas a su mismo grupo. No parece casual que sea un libro de Alfaguara el que haya alentado tus escrúpulos sobre el tono que eventualmente empleo a la hora de hablar sobre un libro que considero francamente malo” (2006 [2004]: 94).

premio Alfaguara en el 2011; en el 2015 se realizó un congreso dedicado en exclusivo a él en la Universidad de Montpellier⁷. Andrés Neuman, por su parte, lo obtuvo en el 2009, mientras que en el 2012, en la universidad de Neuchâtel, se celebró el Coloquio Internacional Andrés Neuman⁸. A este tipo de aval legitimador que ofrece la academia del Norte a producciones asociadas de algún modo con las periferias, pero seleccionadas por la industria cultural con base en la metrópoli, voy a proponer entenderlo como un pacto de colaboración entre mercado y saber destinado a confirmar la representación del mundo hegemónica.

III

Frente al modo de producción de la *literatura mundial*, uno que por las condiciones que acabo de exponer relativas a la necesidad de racionalizar recursos económicos y humanos, podríamos denominar “profesional”, existe el de las *literaturas locales*. Las *literaturas locales* son, precisamente, las que quedan excluidas del modelo de Damrosch, las que no circulan y las que, me animo a postular, pueden ser portadoras de diferencias formales, culturales y políticas auténticas; las que, en su conjunto, darían lugar a un escenario mundial no dominado por una perspectiva centralizada, del Norte, sino heterogéneo y, acaso, verdaderamente desafiante para la ideología multiculturalista liberal.

La infraestructura productiva de las *literaturas locales* sería la que se desarrolla espontáneamente en condiciones de precariedad relativa, es decir, ante todo en las localizaciones y zonas del mundo donde el capitalismo fracasa como mesianismo modernizador. La publicación independiente y autogestionada, los microemprendimientos editoriales y los proyectos unipersonales, todos aquellos que, por escasez de recursos económicos, no aspiran –no pueden aspirar– a la trascendencia o circulación a gran escala constituirían el soporte material del modo de producción que voy a llamar “artesanal”. Por supuesto que podría –y seguramente convendría– establecer una taxonomía y diferenciar, por ejemplo, entre la autoedición a mano y los emprendimientos editoriales con cierto nivel de proyección de ventas y cobertura territorial, pero lo que ahora me interesa resaltar es: en primer lugar, que estos complejos circuitos productivos operarían como una alternativa disruptiva frente a la lógica “profesional”; en segundo, que si bien existen en todo el mundo, en el Sur global han florecido con especial énfasis

⁷ Véase: http://www.univ-montp3.fr/llacs/wp-content/uploads/Programme_JGVASQUEZ.pdf.

⁸ Véase: <http://www.unine.ch/irene.andres/home/grands-seminaires-de-neuchatel.html#cid10a396b6-d841-450b-b245-cce3b357d5cb>.

en los últimos años y; tercero, que, puesto que no dependen de cantidades significativas de capital, representarían espacios de producción donde el principio autónomo todavía puede hacer valer sus criterios. Esto, a su vez, implicaría que allí estaría contenida –o habría mayores garantías de ello– la diversidad, que cada nodo productivo, al responder a una demanda localizada y a un horizonte de expectativas correspondiente, estaría dando cuenta de una representación del mundo específica. De modo que, en su conjunto, estas tramas de producción localizadas en el Sur global estarían ofreciendo el corpus de literaturas del mundo no alineadas con una perspectiva única, heterónoma y eurocéntrica.

Escribe José Ignacio Padilla que

Dada la inexistente infraestructura editorial en Perú, Ecuador o Bolivia, el circuito de la vida literaria opera con frecuencia bajo auto-edición: sin registro de ISBN, sin depósito legal en las bibliotecas nacionales, sin editor de oficio, sin una mínima distribución, sin presencia en las escasas librerías. Desde esta posición, sin referencias claras de valor, los participantes de la vida literaria tienen que negociar su estatuto con los otros circuitos y esforzarse por asistir, “dejarse ver” en la “escena” (Laddaga 2008). Ajenos al circuito mediático y muchas veces surgidos pero no partícipes del circuito académico, operan con nula visibilidad en la lucha por el control simbólico del campo. (2014: 31)

Estos modos de producción localizados, artesanales y escasamente formalizados, pero todavía fundados en ciertos criterios de autonomía y capaces de dar cuenta de la diferencia local, pues no responden a pautas de recepción del mercado internacional, son también, como señala Padilla, víctimas de un sistemático ninguneo. Una invisibilización que, por otra parte, sería un mecanismo de borramiento de la diferencia local y, con ello, de la diversidad –formal, política y cultural– en el ecosistema mundial.

Adaobi Tricia Nwaubani ganó el Commonwealth Writers' Prize en 2010 con su novela *I Do Not Come to you by Chance* (2009), y con ello se convirtió en una de las pocas escritoras/escritores africanos, no residentes en el Norte global, en ganar un premio internacional. En 2014, haciendo un uso estratégico de la visibilidad adquirida gracias al premio, escribió en el *New York Times* lo siguiente: “Some of the greatest African writers of my generation may never be discovered, either because they will not reach across the Atlantic Ocean to attract the attention of an agent or publisher, or because they have not yet mastered the art of deciphering Western tastes” (2014: s.p.).

La publicación localizada, la de las editoriales *independientes* –no voy a abordar ahora las complejidades del término– del Sur global, es, por lo tanto, la única que en principio no aparece formateada, al menos directamente, en función de los consumidores occidentales, de su representación del mundo y de sus criterios de valor estético y cultural. Pero, tal vez justamente por esto, porque puede

problematizar el orden geopolítico establecido y la imagen complaciente que Occidente elabora del mundo, las *literaturas locales* tienden a permanecer silenciadas. Tanto en América Latina como en África estas editoriales se han propagado sensiblemente en los últimos años como reacción a la creciente concentración de la industria editorial. Y, sin embargo, carecen de representatividad en los foros internacionales: ya sea en las ferias o, incluso, en la academia⁹. No van en busca de lectores internacionales, sino que, por el contrario, reclaman que los lectores internacionales con sentido crítico vayan tras ellas. Podría nombrar editoriales como Bajo la luna, Germinal, Tumbona o Índole Editores de América Latina. El colectivo Jalada, Amalion o Modjaji Books de países de África. Todas ellas, a pesar de estar haciendo desde hace años una contribución genuina, sistemática y alternativa al paisaje literario mundial, apenas si son (re)conocidas en los centros mundiales de producción cultural. No vale lo mismo, claro está, para Planeta o Alfaguara, para Methuen Publishing o Random House; editoriales que suelen ser las de referencia para pensar las literaturas del mundo desde el *submundo* occidental.

IV

¿Qué hacer? La pregunta, hace tiempo transitada, me parece, ante este panorama, actual y oportuna. En su estudio sobre los modos de producción de no existencia, Boaventura de Sousa Santos advierte cómo la particularidad dominante –para el caso los centros de producción cultural occidentales con su repertorio de saberes– logra inhabilitar fórmulas vernáculas disidentes al calificarlas de “locales” y, por lo tanto, sin significado para el dominio global. A este fenómeno lo denomina “lógica de la escala dominante”:

En los términos de esta lógica, la escala adoptada como primordial determina la irrelevancia de todas las otras posibles escalas. En la modernidad occidental la escala dominante aparece sobre dos formas principales: lo universal y lo global. El universalismo es la escala de entidades o realidades que valen independientemente de los contextos específicos. Tiene por ello, precedencia sobre todas las otras realidades que dependen de contextos y por esa razón son consideradas particulares o vernáculas. La globalización, en los últimos veinte años, adquirió una importancia sin precedentes en los más diversos campos sociales. Se trata de una escala que privilegia las entidades o realidades que alargan su ámbito a todo el globo y que al hacerlo, adquieren la prerrogativa de designar entidades o realidades

⁹ El caso de las editoriales cartoneras puede valer como ejemplo. Lo paradójico de este fenómeno es que, si bien ha recibido cierta atención académica en el Norte en tanto práctica cultural identificada con un soporte innovador (Bilbija/Celis Carbajal 2009, entre otros), el contenido de los libros, los textos en sí, no ha sido en absoluto examinado.

rivales como locales. En el ámbito de esta lógica, la no existencia se produce bajo la forma de lo particular y lo local. Las entidades o realidades definidas como particulares o locales están aprisionadas en escalas que las incapacitan de ser alternativas creíbles a lo que existe de modo universal o global. (2009: 111)

Una sociología de las ausencias aplicada a la literatura mundial, a diferencia de la sociología de la literatura en su formato hoy “clásico” que –como propuse– creo que resulta insuficiente para pensar el sistema mundial de producción literaria como un circuito con sobreflujos, interferencias e interrupciones, sería la encargada de visibilizar las *literaturas locales* y, con ello, de promover, y con suerte garantizar, una auténtica –valga el acento– *bibliodiversidad*. Este enfoque sugiere que una academia que se pretende atenta a las diferencias que componen el mundo no debería reproducir servil o ciegamente las decisiones de la industria editorial concentrada, pues este filtro tiende a homogeneizar las producciones en función de sus naturales intereses económicos. Destaco en este punto que esta metodología no apunta tanto a cuestionar políticas culturales llevadas a cabo por actores privados de acuerdo con sus necesidades –lo que a mi entender es en absoluto legítimo y comprensible–, sino mucho antes a interpelar a los estudios literarios del Norte con proyección mundial para que agudicen su mirada (crítica). Esto se funda en el supuesto de que solo una mirada (también) focalizada en los sistemas productivos locales y en lo no circulante¹⁰ podría dar cuenta de la especificidad y, por consiguiente, de la verdadera heterogeneidad. Quiero decir, las literaturas del Sur estarían comprendidas *tanto* por las que efectivamente circulan como por las que *no* lo hacen. Esto, claro está, conlleva riesgos, pues es probable que las *literaturas locales* no confirmen algunas o varias de las consabidas hipótesis elaboradas en los centros, por lo pronto porque tienden a perturbar premisas implícitas del pacto entre mercado y saber. Pero me gustaría subrayar que indagar las producciones alternativas, no alineadas, es ante todo parte de una responsabilidad profesional que no corresponde descuidar. ¿O, acaso, no es tarea de una academia que se autoproclama crítica contribuir a darles visibilidad a los productos culturales que no confirman el orden eurocéntrico, que no circulan por los canales establecidos y que no van en busca de la aceptación del mercado occidental? En este sentido, una sociología de las ausencias aplicada a la literatura mundial sería, pues, una herramienta teórica para asignarles reconocimiento a las soluciones locales y designarlas como “alternativas creíbles” a las fórmulas que postula la industria cultural concentrada y que el paradigma de la circulación avala.

¹⁰ Para una crítica a la definición de literatura mundial centrada en el principio de circulación, véase el artículo de César Domínguez en este volumen.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (1998): *Globalization: The Human Consequences*. New York: Columbia University Press.
- Bilbija, Ksenija/Celis Carbajal, Paloma (2009): *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishing*. Madison: Parallel Press.
- Bourdieu, Pierre (1999): “Una revolución conservadora en la edición”. En: *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 223–268.
- Brouillette, Sarah (2015): “World Literature and Market Dynamics”. En: Helgesson, Stefan/Vermeulen, Pieter (eds.) (2015): *Institutions of World Literature. Writing, Translation, Markets*. London: Routledge, pp. 93–106.
- Cheah, Pheng (2016): *What is a World? On Postcolonial Literature as World Literature*. Durham: Duke University Press.
- Damrosch, David (2003): *What is World Literature?* Princeton: Princeton University Press.
- Echevarría, Ignacio (2006 [2004]): “Carta abierta de Ignacio Echevarría a Lluís Bassets, director adjunto de *El país*”. En: García-Viñó, Manuel: *El País: la cultura como negocio*. Tafalla: Txalaparta, pp. 92–95.
- English, James (2005): *The Economy of Prestige. Prizes, Awards, and the Circulation of Cultural Value*. Cambridge: Harvard University Press.
- Padilla, José Ignacio (2014): “¿Circuitos editoriales en América latina?”. En: *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 814, pp. 29–31.
- Helgesson, Stefan/Vermeulen, Pieter (eds.) (2015): *Institutions of World Literature. Writing, Translation, Markets*. London: Routledge.
- Moraña, Mabel (2006): “Post-scriptum. ‘A río revuelto, ganancia de pescadores’”. América Latina y el *déjà-vu* de la literatura mundial”. En: Sánchez Prado, Ignacio M. (ed.): *América Latina en la “literatura mundial”*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 319–336.
- Moretti, Franco (2013): *Distant Reading*. London: Verso.
- Nwaubani, Adaobi Tricia (2014): “African Books for Western Eyes”. En: *The New York Times* <<https://www.nytimes.com/2014/11/30/opinion/sunday/african-books-for-western-eyes.html>> (última visita 14/07/2017).
- Rosendahl Thomsen, Mads (2008): *Mapping World Literature: International Canonization and Transnational Literatures*. New York: Continuum.
- Sapiro, Gisèle (2016): “How Do Literary Works Cross Borders (or Not)? A Sociological Approach to World Literature”. En: *Journal of World Literature*, 1, pp. 81–96.
- Santos, Boaventura de Sousa (2009): *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI/CLACSO.